

la imagen que del sexo y los sexos se transmite a través del argot español europeo relativo a los términos para designar los órganos sexuales, el acto sexual y la homosexualidad. Una de sus observaciones recurrentes es la idea de violencia que el argot asocia a la sexualidad; asimismo hace ver cómo «la sexualidad femenina parece no existir [y] el comportamiento de la mujer esta[r] en función del goce masculino».

La investigación antropológica de Britt-Marie Thurén, «Nuevos esquemas, viejas seguridades: Variaciones en el grado de continuidad en la reproducción cultural del sistema de género», es la elaboración de una «historia de vida» que sirve para ilustrar el cambio profundo que ha habido en el sistema de género español, la inseguridad cultural que éste produce y la liberación que, a la vez, puede permitir de ciertas premisas antes invisibles. Se relata aquí la historia de una mujer valenciana que, tras diecisiete años de malos tratos, consigue separarse de su marido. A juicio de esta antropóloga, ello se logra «gracias a una redefinición de la situación» y del encuentro con un antiguo símbolo (una aparición de la Virgen) que se entiende ahora de una manera nueva: como «una Virgen no sumisa».

Ana Fraga, en el texto titulado «Estructuras antropológicas y expresión lingüística en el análisis de *La Odisea: Complementariedad*», rastrea las tres tradiciones de análisis de la figura de Penélope, «tradiciones de las que resultan tres figuras diferenciadas ligadas a tres tipos de matrimonio». La adjetivación y la manera de nombrar al personaje proporcionan las pautas para esa clasificación.

VIOLETA DEMONTE

SOBRE LA EXPRESION LINGÜISTICA DE LA DIFERENCIA ¹

VIOLETA DEMONTE

Universidad Autónoma de Madrid

1. EL ESTUDIO DE LA RELACION SEXO-LENGUAJE

Una característica dominante del devenir de los estudios sobre el hombre en los últimos años es su relativo despegue de las explicaciones fundadas sólo en la creencia de que la conducta humana es presa de una fuerte determinación por parte de factores sociales. Una manifestación de este segundo vuelo de ideas antiguas se hace patente en el hecho de que en algunas disciplinas: tal es el caso de la lingüística o la psicología, se haya preferido ahondar —y mucho se ha hecho ya en este sentido— en el conocimiento de lo que parece encontrarse en el ser y el estar humanos por razones de mera naturaleza. En esta situación, el estudio de las diferencias entre los seres humanos cobra necesariamente un sentido nuevo: ahora sería posible distinguir lo que éstos llevan consigo en virtud de un factor u otro (naturaleza o cultura) y, con ello, establecer de una manera algo más precisa qué es lo que verdaderamente se puede cambiar.

Me fijaré, en estas líneas, en el lenguaje y en la posible expresión lingüística de la diferencia. Procuraré trazar la perspectiva, y hacer también algo de prospectiva, de las relaciones entre, de una parte, los estudios del lenguaje y, de otra, la hipótesis —sin duda bastante contrastada— de que existen mecanismos de indole diversa destinados a crear, y luego perpetuar y justificar, el predominio del hombre sobre la mujer en las distintas esferas de la vida social.

Sabemos ya que el análisis de las cuestiones que le conciernen a este debate sobre el género (en el sentido anglosajón de «complejo de fenómenos sociales, culturales y psicológicos ligados al sexo» (McConnell-Ginet, 1988, pág. 76) ha constituido el punto de arranque de algunos cambios en las

¹ Este trabajo está enormemente en deuda con el ejemplar estado de la cuestión expuesto en McCONNELL-GINET (1988). Las consideraciones sobre los estudios psicológicos acerca de la relación lenguaje-sexo deben mucho a los consejos y orientaciones bibliográficas proporcionadas por Pilar Soto. Los errores, naturalmente, son sólo a mí imputables.

disciplinas que tratan con la conducta humana, la cognición y los procesos políticos y sociales. Somos conscientes, pues, de que tiene hoy un cierto sentido, no precisamente peyorativo, el hablar, pongamos por caso, de una crítica literaria o de una historia feministas.

Tras casi veinte años de estudios sobre la mujer y muchos más de reflexión sistemática sobre el lenguaje, las lenguas y su dimensión tanto biológica como social, no es impropio afirmar, me parece, que las relaciones a las que antes aludía han sido escasas, no demasiado lineales y no han podido encuadrarse en un programa de largo alcance y densa perspectiva. Ese aparente fracaso, que no lo es en realidad tal como veremos de inmediato, acaso no sea imputable más que a la forma como se institucionalizaron las disciplinas y al hecho de que la tendencia a la fácil extrapolación desde conjuntos de datos, sin perspectiva teórica bien definida, impide muchas veces proyectar los resultados de un lado en los resultados del otro e intentar construir explicaciones integradoras. Aunque debe reconocerse que la falta de un programa de largo alcance no ha impedido que se hayan producido ya algunos atisbos o generalizaciones que pueden considerarse significativos y orientadores de lo que por ahora pueda o deba hacerse.

Existen ramas diversas de la lingüística o, lo que es aproximadamente lo mismo, se pueden ver los fenómenos del lenguaje desde muchas esquinas y con miras diversas. Tenemos la lingüística del lenguaje, la que quiere describir cuál es el lugar, entre los procesos cognitivos y/o mentales, de ese fenómeno biológico tan uniforme en la especie humana, y cuáles son sus propiedades características. Existe la lingüística de las lenguas, cuyo cometido es en parte el de averiguar la impronta que la estructura de la realidad haya podido dejar sobre ese conjunto de fenómenos aparentemente homogéneos. Debemos distinguir, por otra parte, entre el conocimiento del lenguaje (la capacidad general que subyace a cualquier manifestación de él) y el uso o empleo de ese instrumento en las condiciones apropiadas.

¿En cuáles de estas maneras de acercarse a los fenómenos del lenguaje se ha planteado la cuestión de la relación sexo-lenguaje, qué asuntos se han puesto sobre el tapete y cuáles son las implicaciones de ese debate tanto para el pensamiento feminista como para la acción sobre la sociedad?

Empezando por donde habría que terminar, resumamos diciendo que la cuestión de la relación sexo-lenguaje no ha tenido cabida, como es sin lugar a dudas adecuado, en el interior de la corriente dominante en el desarrollo de esta disciplina en los últimos treinta años: la que se denomina lingüística formal o lingüística teórica. Si lo que se procura es descubrir los mecanismos de una capacidad biológica general de la especie, no habrán de esperarse demasiadas diferencias atribuibles al sexo o a cualquiera otra variable secundaria en tanto en cuanto no se compruebe que los hombres y las mujeres divergen cualitativamente en capacidades biológicas básicas.

Una segunda área en la que el problema se ha planteado con un interés

relativo es aquella, a medio camino entre la lingüística y la psicología evolutiva, que forman los estudios sobre el desarrollo lingüístico temprano. Los psicólogos del desarrollo, en efecto, se han preguntado por posibles diferencias significativas en el lenguaje de niños y niñas, y en estudios pioneros sobre la adquisición del lenguaje abundaban las referencias a la superioridad de las niñas sobre los niños en el período lingüístico temprano. McCarthy (1954, pág. 580), por ejemplo, escribía que «muy diversos investigadores, que han trabajado en distintos lugares de los EE. UU. y han recogido material con métodos diversos y en diferentes situaciones, coinciden en que las diferencias lingüísticas son muy grandes y se inclinan a favor de las niñas». Las diferencias de las que hablaba McCarthy eran, entre otras, la mayor frecuencia de vocalización por parte de las niñas, o el empleo previo al de los niños de oraciones más extensas y complejas sintácticamente. Las diferencias sexuales a favor de las niñas se situaban también en la comprensión del habla en los primeros años, en la extensión y complejidad de las oraciones en años posteriores o en la habilidad para el inicio de la lectura.

Pero McCarthy se refería a trabajos realizados en los años treinta y cuarenta. Investigaciones más recientes no parecen confirmar esas observaciones iniciales que apuntarían a una supuesta diferencia innata o biológica entre los dos sexos. La opinión más extendida en este momento es que esas divergencias en eficacia y capacidad deben reinterpretarse como diferencias de estilo, semejantes a las que se encuentran entre los adultos y a las que aludiremos líneas más abajo. Otros investigadores, no obstante, sugieren que algunas tareas psicológicas específicas podrían estar sexualmente determinadas.

En la primera línea de conclusiones, que parece tener mayor peso entre los psicólogos, Wells (1986), por ejemplo, concluye que es la manera de dirigirse a los niños y niñas de los padres y educadores lo que podría condicionar esas diferencias relativas y que, por ello, ese tipo de datos varía considerablemente según las condiciones y los grupos que se estudien. Por poner un ejemplo del otro tipo de resultado (el que enfatiza supuestas diferencias básicas), en un cuidadoso trabajo longitudinal de Wolf y Gow (1985) sobre las operaciones que se ponen en juego en el período de adquisición de la lectura se sugiere, no sin cautela, que la ventaja de las niñas sobre los niños en la velocidad de procesamiento lingüístico de textos escritos frente al procesamiento más lento, pero con una mayor fuerza semántica², en los varones puede derivarse de que hay diferentes rutas de acceso a las entradas léxicas: estrategias más directas o más indirectas de acceso semántico-visual.

Las conclusiones de este segundo tipo de estudio son paralelas, aunque no tiene por qué haber ninguna conexión causal, a lo que han puesto de

² Por fuerza semántica, WOLF y GOW parecen entender ventaja en el vocabulario y en el procesamiento semántico.

manifiesto algunos trabajos neurofisiológicos (cf. Philips y cols., 1987, parte 3). Se ha dicho, en efecto, que las áreas cerebrales correspondientes al lenguaje podrían no ser las mismas en los hombres que en las mujeres (cf. McGlone, 1980) y que las mujeres estarían menos lateralizadas. Se ha señalado también, lo cual es controvertido y contradictorio con el punto de vista anterior, que las niñas tendrían una especialización hemisférica anterior a la de los niños (Shucard, Shucard and Thomas, 1987); esas diferencias se relacionarían con la aparición de capacidades cognitivas tales como el lenguaje. El corolario, pues, de las aproximaciones psicológicas y neurofisiológicas es el reconocimiento de la reconocida ambigüedad entre lo que se trae y lo que se adquiere y en esta ambigüedad se mueven por el momento y acaso se seguirán moviendo durante bastante tiempo (por razones diversas y complejas de analizar aquí) las ciencias del hombre y de la cognición.

2. LA EXPRESION EstrictAMENTE LINGÜISTICA DE LA DIFERENCIA

He hablado de la controversia naturaleza-cultura en lo que se refiere a las posibles diferencias lingüísticas sexualmente determinadas en las primeras etapas de desarrollo lingüístico. Cuando se mira al largo periodo en el que el lenguaje, la gramática, está ya completamente adquirido, ese dilema no parece tener ya lugar y el enigma se traslada al terreno de la relación actividad cognitiva-influencia social.

Para atisbar algo de lo que rodea al nuevo dilema querría pasar ahora al terreno más estrictamente lingüístico y volver la mirada sobre los trabajos particulares —encuadrables, si se quiere darles un nombre institucional, en la lingüística general, la lingüística de la variación y en la etnografía de la comunicación— que se han planteado —o podrían haberlo hecho— de que manera el género social, y el sexismo con él consustancial, se expresan en fenómenos lingüísticos determinados y cómo, si es que ello puede llegar a saberse, el lenguaje configura a su vez la conciencia de género en una sociedad donde lo característico es el predominio de los hombres sobre las mujeres. Me interesa, con otras palabras, intentar ver adónde hemos llegado y cuáles son las implicaciones teóricas y filosóficas de las investigaciones que se han ocupado de la expresión lingüística de la diferencia. Esta cuestión, naturalmente, está conectada —de alguna manera no obvia que habría que precisar— con el asunto más general de la construcción cultural de la diferencia sexual.

La primera pregunta que deseo formular se derivaría de una hipótesis fuerte acerca de la relación lenguaje-sexo y puede expresarse del modo siguiente: ¿en qué medida y con qué propiedades la diferencia psico-social de género está gramaticalizada en las lenguas naturales?

Una de las zonas del lenguaje en las que preferentemente se han situado las investigaciones que han intentado responder a esta pregunta es en la del así llamado género gramatical. Entendemos con ello los gramáticos el sistema de marcas ligadas a los nombres (cuya manifestación sintáctica más explícita se encuentra en los fenómenos de concordancia) que permiten clasificar a éstos básicamente en masculinos, femeninos y neutros; si bien en ciertas lenguas tales como el polaco algunas de estas marcas se cruzan con el rasgo animado/inanimado³.

La pregunta interesante a nuestros efectos es la de si existe una base cultural o pragmática que subyaga a esa clasificación en varios géneros gramaticales. Lo primero que debe observarse en este sentido es que muchas lenguas no hacen uso de marca morfológica alguna de género pese a lo cual, no obstante, atribuyen rasgos de género a algunos objetos inanimados. Estos rasgos se identifican a través del empleo de los pronombres⁴. Ello revela, para empezar, que la correlación género sexual-género gramatical no constituye una propiedad intrínseca de las lenguas humanas, pero implica también que las lenguas que posean esta correlación ofrecerán un campo interesante de contrastación para la hipótesis de que la discriminación sexual pueda estar de alguna manera gramaticalizada.

En las lenguas indoeuropeas, en efecto, donde se señalan desde muy pronto las diferencias de género gramatical, existe alguna conexión (aunque sea con muchos matices) entre el género de los sustantivos y el sexo de sus referentes y, más específicamente, entre género gramatical y propiedades estereotipadas. Parece aceptable afirmar, en línea iniciada ya por Greenberg (1963), que hay ciertas distinciones semánticas que están por debajo de las distinciones de género gramatical. Lapointe (1988) da razón de esta suposición a través de un principio general que podríamos llamar de tendencia al establecimiento de clases naturales, según el cual para toda clase G de nombres «existe un subconjunto g, tal que serán miembros de g (casi) todos los sustantivos de la gramática que se refieran a objetos del mismo grado de animidad en el mundo real o a objetos que desempeñen en el mundo real el mismo papel social o biológico» (Lapointe, 1988, pág. 83). Ello se ilustra,

³ Cf. CORBETT (1988). En polaco existen las tres desinencias de género antes mencionadas, pero dentro del género masculino se encuentran diferentes formas de concordancia para los masculinos animados (por ejemplo *konia*'caballo': *duz-ego*(acc) *konia*) que para los inanimados (*duz-y*(acc) *stol*'mesa'). Señala también CORBETT (1988, págs. 45-46) que existen dos marcadores de concordancia en el nominativo, uno para el masculino personal, y otro para las formas no-personales.

⁴ Claro es que en las lenguas que no poseen género gramatical se realizan especificaciones de género, generalmente por medio de la modificación adjetiva, pero esta modificación se refiere exclusivamente a aquellos nombres con un referente animado humano o animal, que son los que poseen sexo. Lo interesante será ver cómo se traslada la distinción de género a los objetos inanimados.

en el caso del castellano, con los subconjuntos formados por los nombres de árboles, que son masculinos en nuestra lengua, frente a los nombres de sus frutos que suelen ser femeninos (recuérdese *el naranjo y la naranja*) o, más en general, en la gramaticalización de la diferencia grande-pequeño en objetos de la vida cotidiana como *barco/barca* o *canasto/canasta*, donde el término que designa el objeto grande puede ser el masculino.

Característico de las lenguas que tienen género gramatical es el empleo genérico (esto es, con referencia a una clase de objetos) o general de ciertos sustantivos para designar el conjunto de los individuos, tanto de sexo masculino como femenino, que corresponden a esa clase de referentes. Por lo que sabemos, en las lenguas por ahora estudiadas el término genérico es el masculino (bien el que tiene la desinencia masculina bien el designador masculino de una oposición de términos, como *man* frente a *woman*). Así, en español el masculino singular *el director* o *el ministro*, puede servir para designar la función o la pertenencia a una clase, y el masculino plural para el conjunto de individuos de ambos sexos dotados de una propiedad o función: *los alumnos, niños y niñas, de este colegio se llevan muy bien y juegan juntos en el patio*.

Para el asunto general que aquí nos ocupa, la cuestión relevante es de qué manera aquellas clasificaciones de los sustantivos y esta adopción de términos genéricos han estado o están sexistamente determinadas. La respuesta positiva al porqué de su mantenimiento parece hoy por hoy bastante obvia. Veamos tan sólo algunos ejemplos. Martyna (1980, según cita De McConnell-Ginet, 1988, pág. 93) ha mostrado que los hombres emplean más que las mujeres el genérico masculino; como es sabido, por otra parte, la interpretación preferida por los hablantes de los términos empleados genéricamente es la de que aluden sólo a individuos de sexo masculino. Es materia controvertida, no obstante, la de si la adopción originaria del genérico masculino obedece a razones solamente lingüísticas (tendencia a la neutralización de ciertas oposiciones) o si hay alguna motivación de otra índole. Pero querría traer a colación, en este sentido, una observación descubierta por Fuertes (1989) en una gramática inglesa de 1898 debida a H. Sweet, donde este gramático aconseja (según cita De Fuertes) que «El principio general sea dar el género masculino (en casos de conflicto) a las palabras que sugieran ideas tales como fuerza, fiereza, terror, mientras que el género femenino se asociará a las ideas opuestas de amabilidad, delicadeza y belleza, junto con la fertilidad» (Fuertes, 1989, pág. 27). Consideraciones como ésta despejan cualquier duda rotunda acerca del origen (al menos parcial) de ciertas clasificaciones de la gramática, y también permiten entender por qué éstas son precisamente las zonas en que es esperable que deban y puedan producirse cambios.

La recurrencia y la sistematicidad de los rasgos no lingüísticos asociados a la categorización del género gramatical en las lenguas humanas, por otra

parte, hacen ver que el sistema lingüístico en cuanto tal (el conjunto de reglas y representaciones que configuran la gramática) puede ser permeable a la influencia de los módulos cognitivos que rigen la clasificación y categorización de los elementos del mundo real. Estos módulos, por lo que parece, podrían estar relacionados con factores sociales, en este caso los relativos a las posiciones respectivas que se pretende que ocupen los seres humanos.

Pese a todo lo dicho, lo cierto es que, más allá de las áreas relacionadas con la expresión lingüística del género gramatical y de la genericidad, son pocas las zonas del sistema gramatical en que se detectan enlaces más o menos explícitos entre el género y las unidades lingüísticas (lo que he llamado más arriba la gramaticalización de la diferencia), zonas en las que —con otras palabras— se encuentren maneras gramaticalmente alternativas de decir lo mismo y donde esa diferencia signifique o exprese algo acerca de las propiedades de género del contexto de la emisión. Hay, ciertamente, algún ejemplo más: McConnell-Ginet (1988) (apoyándose en un trabajo de Ekka, 1972) alude al Kurux, una lengua dravidiana donde una conjugación femenina de los verbos hace ver que el hablante está hablando «como una mujer entre mujeres»: se trataría, si esos datos son correctos, de una lengua en la que la «feminidad» se expresaría en el propio sistema lingüístico. En todo caso, las distinciones categóricas no parecen abundar y ello es revelador de la naturaleza poco socialmente determinada del sistema lingüístico en cuanto tal. Desde el punto de vista de la acción contra la discriminación, sin embargo, esos datos son fundamentales porque señalan una zona a la que el hablante no tiene acceso de manera consciente pero cuyo peso psicológico, sin embargo, puede ser decisivo.

3. LA PRESENCIA EN EL LENGUAJE DE LOS PREJUICIOS Y ESTEREOTIPOS Y LA ADOPCIÓN DE PAPELES DE GÉNERO PREDETERMINADOS

Pero si hay pocos ejemplos de casos en que la mera inspección del sistema lingüístico nos revele las propiedades de género del contexto no lingüístico, existen, por el contrario, datos numerosos de variación lingüística relacionada de alguna manera con diferencias sexuales y con diferencias de género. Una hipótesis débil sobre la relación lenguaje-sexo parece tener, pues, bastante asidero.

Obsérvese que al enunciar así esta cuestión estamos sugiriendo ya que las mujeres no han de hablar (por alguna razón intrínseca) de manera distinta que los hombres. Lo que se localiza son numerosos ejemplos de empleo de ciertos elementos del sistema gramatical general como marcadores o estereotipos de género: marcas morfológicas, variaciones de pronunciación, selección de vocabulario y hasta (por lo que se ha visto en estudios recientes)

de preferencia por procesos y construcciones sintácticas y estrategias diversas de comunicación, que ponen de manifiesto una conexión entre el género socio-psicológico y los fenómenos lingüísticos.

Revelador de esa conexión es también el hecho de que el empleo de esas marcas o la realización de tales selecciones u opciones parezca ser extremadamente sensible a la situación comunicativa y variar según ésta. Con la reunión de esas marcas, esos usos preferenciales o la codificación en el vocabulario de los prejuicios y los estereotipos resulta posible determinar no un lenguaje propio de mujeres como se ha afirmado en algunas investigaciones pero sí «registros femeninos» y «registros masculinos»⁵ cuyos valores —a juicio de los sociolingüistas— se fijan en diversas situaciones estilísticas. Sabiendo que esos registros existen y atendiendo al hecho de que, como es obvio, sean situacionalmente variables podemos hablar también del lenguaje como un elemento decisivo en la interiorización de los estereotipos de género y en la adopción del papel interpersonal y político que los grupos socialmente privilegiados quieren que adoptemos.

El estudio de este o estos registros femeninos se ha realizado a lo largo de diversas coordenadas que conviene distinguir muy bien, aunque a veces aparezcan mezcladas en las investigaciones. Por una parte se han realizado estudios cuantitativos que muestran cómo ciertos patrones lingüísticos (la aspiración y elisión de la «s» en posición implosiva (Cedergren, 1973) o la semivocalización de las líquidas en el español caribeño⁶) parecen variar en correlación con el sexo de los hablantes. En estos estudios cuantitativos, que postulan reglas lingüísticas variables socialmente condicionadas, se suele discutir muy laxamente la razón de ser de esa hipotética variación. Observaciones relativas a la adopción por las mujeres de las variantes de prestigio o la discusión sobre si las mujeres son conservadoras o progresistas respecto de los fenómenos de cambio lingüístico⁷ suelen ser las explicaciones causales más frecuentes en los trabajos de este tipo.

⁵ Ciertamente, numerosos autores han hablado de una «lengua de mujeres», expresión de la que se podría inducir que hay formas exclusivas de los diferentes sexos, lo cual no parece corresponderse del todo con la realidad. Entre los clásicos, SAPIR (1921) y (1929) señalaba que el género del hablante se marcaba obligatoriamente en la morfología de varias lenguas de América del Norte. Más recientemente, R. LAKOFF (1975) hablaba de un «lenguaje de la mujer» y parecía sugerir que las mujeres tenían asumido (tal vez sólo de manera estereotípica) una especie de génerolecto. McCONNELL-GINET (1988, págs. 82-83) sostiene, sin embargo, que lo único que afirmaba esta lingüista es que existe un conjunto de rasgos característicos del inglés de cierto subconjunto de las mujeres norteamericanas (mujeres blancas y de clase media), esto es, de marcadores de género, que poseían una diferente distribución en el habla de los dos sexos, distribución probablemente significativa de diferencias asociadas a la concepción del género.

⁶ Cf. Silva CORVALAN (1989, 3.1) para otros ejemplos similares y su interpretación. Véase también TRUDGILL (1983, caps. 9 y 10) para la literatura clásica sobre esta cuestión.

⁷ Cf. DEMONTE (1982) para ciertas fuentes básicas de esta discusión.

Desde mi punto de vista, estos resultados ofrecen numerosos puntos débiles que reducen su interés tanto para el debate teórico interno a la lingüística como para su incorporación a un análisis integral de los problemas del género. Se asientan, en primer lugar, sobre una teoría del cambio lingüístico no suficientemente esclarecida⁸: más estrictamente, no resulta claro en qué medida esas frecuencias de variantes alternativas no son aleatorias sino que están especificadas por el propio sistema lingüístico y son parte del conocimiento lingüístico general del hablante. Cabe sospechar que algo de ello sucede en tanto en cuanto los sociolingüistas sólo recurren a reglas y procesos examinados por los lingüistas como parte esencial del sistema general. Se obtienen, en segundo lugar, por medio de procedimientos no excesivamente refinados para aislar entre sí, cuidadosamente, las diversas variables sociales con las que operan (sexo, clase social, rango socio-económico, edad, etc.); ello hace difícil decidir en algunos casos si cierto fenómeno correlaciona directamente con uno u otro factor x o y o con ambos a la vez. Los estudios sobre variabilidad sexual en el lenguaje, por otra parte, están orientados a precisar cómo hablan las mujeres, pero no pueden dar cuenta de lo que en sentido estricto es el problema del sexismo en el lenguaje, esto es, de cómo se habla de y a las mujeres. A partir de estos resultados, en suma, no parece posible construir una teoría verosímil acerca de la relación lenguaje-género psicosocial.

Si suponemos, frente a esta manera de proceder, que los estudios sobre la relación lenguaje-sexo deben estar precedidos por la existencia de una hipótesis convincente acerca de por qué razones cabe esperar diferenciación de género en el lenguaje y en qué rangos de la actividad lingüística tal diferenciación podría tener lugar, el análisis de los fenómenos de variabilidad antes mencionados podría adquirir distinta trascendencia y justificación.

La línea que sugiero con el enfoque que acabo de caracterizar debería otorgar un especial énfasis al estudio de las actitudes, los significados implícitos y los propósitos de largo alcance que se expresan a través del recurso a un determinado procedimiento lingüístico frente a otro. Debería también plantearse de qué manera se puede caracterizar el hecho de que a través del lenguaje se expresa una ideología, se mistifica o se distorsiona la realidad⁹. Con otras palabras, deberíamos intentar esclarecer de qué manera está implicado el género en lo que se «significa» (intenciones, mensajes implícitos, inscripción de ese mensaje en la cultura colectiva, etc.) a través de un enunciado lingüístico o hasta qué punto el lenguaje sirve para «construir» el género en el sentido derridiano.

⁸ El debate explicación funcional *versus* cambio en virtud de la modificación de parámetros no está del todo clarificado y de ello depende crucialmente el que se pueda hablar o no de variación socialmente determinada.

⁹ Cf. EDELMAN (1989, cap. 6).

Este tipo de objetivos y esa clase de preguntas conducen a una disciplina encargada de contrastar los fenómenos de producción lingüística, de interacción comunicativa, más que los procesos y reglas que forman parte del conocimiento lingüístico interiorizado y apenas socialmente determinado como hemos sugerido más arriba. Así, atisbos del tipo de trabajos que podríamos encontrar en este vasto campo aún en ciernes son los estudios acerca de la conversación como una actividad en la que se corrobora la intención de igualdad de oportunidades entre los sexos. West y Zimmerman (1983), por ejemplo, «encuentran que los hombres desplazan a las mujeres hacia afuera del espacio de la conversación, toman turnos más largos... interrumpen el sistema de intervenciones y violan así el derecho corriente del hablante a la ocupación exclusiva del espacio conversacional hasta el fin de su unidad de intervención» (McConnell-Ginet, *op. cit.*, pág. 89).

La evaluación del diferente grado de asertividad, medida a través del empleo de expresiones mitigadoras o directrices de simulación, frente a imperativos directos o formas de prohibición, es otro procedimiento para conjeturar las posiciones relativas en que se colocan los individuos. Es interesante hacer notar que un estudio de Edelsky (1977) muestra que el contraste en el empleo de estas formas por los dos sexos se encuentra ya en niñas y niños de tercer grado.

Subirats y Brullet (1988) estudiaron la interacción lingüística entre maestras y niños y niñas en el aula y encontraron que si bien «los maestros y maestras creen tratar a los niños por igual, en realidad establecen menos interacciones verbales con las niñas y les hablan menos que a los niños en una proporción de 100 a 74 palabras, respectivamente» (*op. cit.*, pág. 83). Las diferencias además no eran sólo cuantitativas sino que se hacían distinciones, entre otras muchas cuestiones, en el tipo de adjetivación aplicada a las niñas o en la clase de verbos con que se las interpelaba. *Guapa*, por ejemplo, es un adjetivo que se aplica más a niñas que a niños. Como indican Subirats y Brullet, si bien el mensaje explícito de género ha desaparecido de la escuela, permanece, no obstante, de una manera implícita; así, lo que refleja la selección de adjetivos antes comentada es que en la concepción de los enseñantes «la niña es ya, antes que niña frente a adulta, antes que pequeña (que se utiliza más en el tratamiento de los niños) guapa, es decir, cuerpo que debe ser contemplado, ser que ha de tener en cuenta ante todo la dimensión estética de sí misma» (*op. cit.*, pág. 89).

Deseo cerrar estas consideraciones más o menos heterogéneas poniendo un breve acento de conclusión sobre dos cuestiones de otra índole: el tipo de modelo explicativo que parece hacer falta para el adecuado tratamiento de la correlación género-sexo-lenguaje, y la manera como la escuela puede hacerse cargo de consideraciones como las que aquí nos ocupan.

En cuanto a lo primero, he pretendido sugerir que el arco que comienza en los estudios que examinan la presencia de categorizaciones socialmente

determinadas en algunos y escasos fenómenos estrictamente gramaticales, se cierra en los que contrastan las estrategias lingüísticas que se ponen en marcha para transmitir valores, ideas, relaciones o mistificaciones socialmente establecidas. El modelo integrado, pues, capaz de dar razón de esa relación —ya algo menos hipotética a juzgar por lo que nos dicen numerosos estudios empíricos— deberá contener una teoría del lenguaje como capacidad cognitiva junto con una subteoría de la producción lingüística culturalmente determinada.

La integración en la escuela de conocimientos del tipo de los que acabamos de reseñar, por otra parte, ha comenzado ya en propuestas como las de la *Guía didáctica para una orientación no sexista* del MEC o en el *Non aux stereotypes*¹⁰ de Andrée Michel en el que se recogen los resultados de un conjunto de estudios patrocinados por la Unesco sobre el sexismo en los libros infantiles y escolares. Existe ya, asimismo, una cierta conciencia, aun desigualmente distribuida, acerca de la conveniencia de feminizar los títulos de las profesiones, desglosar los genéricos en los correspondientes pares masculino y femenino o desposeer de contenido sexista a las definiciones de diccionario.

La cuestión de la estructura y contenido de los mensajes subyacentes, o la de la sutileza de contribuir a crear una cultura sexista suponiendo que en realidad se está haciendo lo contrario son cuestiones apenas intuitivas y aún más débilmente conocidas. Ni siquiera está claro que se posean los instrumentos y nociones adecuadas para poder empezar a desglosar la maraña de hechos y enigmas implicados en esa problemática. Pero por allí deberían ir las miradas en los años que vienen.

BIBLIOGRAFIA

- BARLOW, MICHAEL, y FERGUSON, CHARLES (eds.), *Agreement in Natural Languages. Approaches, Theories, Descriptions*, Stanford: CLSI (Center for the Study of Language and Information), 1988.
- CORBETT, GREVILLE, «Agreement: A partial specification based on Slavonic data», en M. Barlow y Ch. Ferguson (eds.), 1988, págs. 23-53.
- EKKA, F., «Men's and women's speech in kúru», *Linguistics*, 81, 1972, págs. 25-31.
- DEMONTÉ, VIOLETA, «Naturaleza y estereotipo: La polémica sobre un lenguaje femenino», en *Nuevas perspectivas sobre la mujer. Actas de las primeras jornadas de investigación interdisciplinaria*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 1982, págs. 215-252.

¹⁰ Editado en español por Ed. La Sal con el título *Fuera moldes. Hacia una superación del sexismo en los libros infantiles y escolares*, Barcelona, 1987.

- EDELMAN, MURRAY, *Constructing the Political Spectacle*, The University of Chicago Press, Chicago, 1989.
- EDELSKY, C., «Acquisition of an aspect of communicative competence: learning what it means to talk like a lady», en S. Ervin Tripp y C. Mitchell-Kernan (eds.), *Child Discourse*, Academic Press, Nueva York, 1977.
- FUERTES, PEDRO, *El género como categoría social en la lengua inglesa*, Memoria de Licenciatura, Departamento de Filología inglesa y alemana, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Valladolid, 1989.
- GREENBERG, JOSEPH, «Some universals of grammar with particular reference to the order of meaningful elements», en J. Greenberg (ed.), *Universals of Language*, MIT Press, Cambridge, 1963, págs. 73-113.
- LAPOINTE, STEVEN, «Toward a unified theory of agreement», en M. Barlow y Ch. Ferguson (eds.), 1988, págs. 67-87.
- MARTYNA, W., «The psychology of the generic masculine», en S. McConnell-Ginet, R. Borker y N. Furman (eds.), *Women and Language in Literature and Society*, Praeger, Nueva York, 1980.
- MCCARTHY, DOROTHEA, «Language development in children», en L. Charnick (ed.), *Manual of Child Psychology*, Wiley, Nueva York, 1954 (trad. cast. *Manual de psicología del niño*, El Ateneo, Barcelona, 1957, por la que cito).
- MCCONNELL-GINET, SALLY, «Language and gender», en F. J. Newmeyer (ed.), *Linguistics: The Cambridge Survey. Vol. IV: Language: The Socio-cultural Context*, Cambridge University Press, Cambridge, 1988, págs. 75-99.
- MCGLONE, J., «Sex differences in functional brain asymmetry», *Cortex*, 14, 1980, págs. 122-128.
- LAKOFF, ROBIN, *Language and woman's place*, Harper and Row, Nueva York, 1975 (trad. cast. *El lenguaje y el lugar de la mujer*, Ed. Ricou, Barcelona, 1981).
- PHILIPS, SUSAN; STEELE, SUSAN y TANZ, CHRISTINE, *Language, Gender and Sex in a Comparative perspective*, Cambridge University Press, Cambridge, 1987.
- SAPIR, EDWARD, *Language: An introduction to the study of speech*, Harcourt, Brace and World, Nueva York, 1921.
- SAPIR, EDWARD, «Male and female forms of speech in Yana», 1929, en D. G. Mandelbaum (ed.), *Selected writings of Edward Sapir*, University of California Press, Berkeley, 1951.
- SHUCARD, DAVID; SHUCARD, JANET, y THOMAS, DAVID, «Sex differences in the patterns of scalp-recorded electrophysical activity in infancy: possible implications for language development», en Philips y cols. (eds.), 1987, págs. 278-295.
- SILVA-CORVALAN, CARMEN, *Sociolingüística: Teoría y Análisis*, Alhambra, Madrid, 1989.
- SUBIRATS, MARINA, y BRULLET, CRISTINA, *Rosa y azul. La transmisión de los géneros en la escuela mixta*, Ministerio de Cultura, Instituto de la Mujer, Serie Estudios, Madrid, 1988.
- TRUDGILL, PETER, *On Dialect. Social and Geographical Perspective*, Basil Blackwell, Oxford, 1983.
- WELLS, GORDON, «Variation in Child Language», en P. Fletcher y M. Garman (eds.), *Language Acquisition*, 2.^a ed., Cambridge University Press, Cambridge, 1986, págs. 109-139.

- WEST, C., y ZIMMERMAN, D., «Small insults: a study of interruptions in cross-sex conversations between unacquainted persons», en B. Thorne, C. Kramarae y N. Henley (eds.), *Language, gender and society*, Newbury House, Rowley, 1983.
- WOLF, MARYANNE, y GOW, DAVID, «A longitudinal investigation on gender differences in language and reading development», en *First Language*, 6, 1985, págs. 81-110.

ACTAS DE LAS
VIII JORNADAS DE INVESTIGACION
INTERDISCIPLINARIA

LOS ESTUDIOS SOBRE LA MUJER:
DE LA INVESTIGACION A LA DOCENCIA

Editoras

Cristina Bernis (*Salud*)

Violeta Demonte (*Lengua*)

Elisa Garrido y Teresa G. Calbet (*Historia*)

Isabel de la Torre (*Sociología*)

INSTITUTO UNIVERSITARIO DE ESTUDIOS

DE LA MUJER

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE MADRID
